

El portátil

Los Reyes Magos, que son sabios, me trajeron un ordenador portátil, y ahora puedo escribir en cualquier sitio, como antes, cuando escribía con un bolígrafo sobre un papel en blanco. Nunca he recibido un regalo mejor. Los regalos –se dice– deben ser ostentosos, caros e inútiles para ser buenos. Mi portátil será caro, pero no es ostentoso, y no conozco otro artilugio más útil para mí, que ya no sé escribir con la mano (no me entiendo ni yo) y siento mono el día que no escribo unas cuantas líneas.

Lo del portátil me sirve para hablar de lo importante que es practicar aquello que nos gusta. Hay gente que disfruta con su trabajo y vuelca en él toda su creatividad, pero hay trabajos que no dan más satisfacción que la paga y resultan una pesada carga por su rutina, por su estrés, por su esfuerzo físico o por la mala leche del jefe. En esos casos, sobre todo, es necesario contar con una afición en la que volcar las energías positivas que todos llevamos dentro, con cuyo ejercicio disfrutemos y de cuyo resultado nos sintamos orgullosos. Todos servimos especialmente para algo y a todos nos gusta algo especialmente: si no lo hemos descubierto todavía, es porque no hemos explorado lo bastante dentro de nosotros. Hagámoslo.

La mayor frustración no es no haber llegado a lo máximo, sino haberlo intentado en la dirección equivocada. De poco sirve ser mucho en un trabajo que te produce dolor. De poco, embarcarte en una carrera que no te satisface. Detrás de muchos triunfos renombrados hay clamorosos fracasos personales, aunque los edulcore el autoengaño y la pompa, y detrás de muchas vidas sencillas, la paz interior y lo más parecido a felicidad.

Juan Bosco Castilla